

EL BURRO EXPLOSIVO

"Este es el burro hinchado en dinamita que todo lo encaraja y lo empalota." (Rafael Alberti.)

¡Hale, ándele no más, a meterle dinamita al burro! Los unos con palabras y los otros con sangre. Los unos quebrando la vida y los otros amenazando con romper la baraja. La ETA sigue asesinando en Gulpúzcoa y el GRAPO sigue asesinando en Madrid. Ya hay quien se dedica a contar los muertos para demostrarnos cómo sube el precio de la democracia. Y dicen ¡no es esto, no es esto!, y alguna razón deben de tener, porque el mensaje de la libertad política no puede convertirse en un parte de guerra. ¿Es que en este país el precio de la política siempre se va a contar y a medir no en votos pacíficos, sino en muertes violentas? ¿Es que nunca vamos a dejar de poner estopa encendida en los cuernos de los toros de Iberia? Pero ¿cómo es posible que los mismos que querían cargarse la dictadura quieran ahora cargarse la democracia? ¿Es que no sabemos, en este pobre pellejo de toro, fundar nada sobre la vida y la alegría y todo lo tenemos que fundar sobre la muerte y la tristeza, sobre el canto funeral y el gorigori? ¿Es que las obras maestras del arte de nuestro pueblo consisten en el arte de matar? ¿Es que no podremos habitar nunca el valle verde y el prado ameno y tendremos que andar así toda la vida entre los esperpentos de Valle-Inclán, los desastres de Goya, las máscaras verduscas y lípidas de Solana? ¿Es que tenemos que hacer de cada "Platero" juanramoniano y tierno un burro explosivo? El asesinato político es ya un hecho tan diario de nuestra costumbre que, cuando alguien muere con los zapatos puestos, habrá que decir que ha muerto de muerte natural.

Ya sé, ya sé. Estoy exagerando. Seguramente estoy exagerando retóricamente, que es la peor manera de exagerar. A cada nueva muerte debemos repetir lo mismo. Hay que conservar la serenidad. No podemos perder los nervios. Eso es lo que quisieran los enemigos de la democracia para volver a instaurar en nuestro suelo, desde un extremo o desde el opuesto, un régimen que embride y sofoque la libertad. Frente a la provocación, la sangre fría. Sangre fría ante la sangre caliente, estúpidamente derramada. El terrorismo es un fenómeno universal y aquí, entre nosotros, tampoco la dictadura consiguió detener el asesinato. No se puede caer en la trampa de hacer el juego a los "desestabilizadores" de la democracia. De acuerdo. Pero entonces vamos a exigir a la democracia nueva que use de la firmeza y aparte la debilidad; que fortalezca la justicia y que sólo perdone a los que perdonan. Porque aquí hay muchos que han confundido, que están confundiendo el ejercicio necesario de la autoridad con la arbitrariedad del autoritarismo. Hay quien está pidiendo un ¡basta ya! para el delito mientras solicita la impunidad para el delincuente. También con la demagogia de las palabras, y no sólo con el salvajismo cainita de la sangre, estamos metiendo dinamita, estamos hinchando de dinamita el burro explosivo.

Bueno. Pues tapemos pladosamente la sangre y vamos con las palabras. Ya estamos en el juego democrático. Ya estamos en el juego parlamentario. Ese es un juego que tiene sus reglas, las más civilizadas reglas que para el gobierno de las comunidades ha inventado la humanidad. Hay una regla de oro. En el juego parlamentario ganan los más y pierden los menos. Aquí ha bastado que unos pierdan para que saquen a las palabras las amenazas de la violencia. A todos se nos llena la boca de la palabra "democracia". Los socialistas españoles tienen razón cuando se quejan de que durante cuarenta años no se les ha permitido, con violencia desde el poder, jugar su legítima carta política. Quizás en eso encuentren alguna disculpa, pero no pueden convertir esa disculpa en justificación. Se erigen en dispensadores de credenciales democráticas frente a los colaboradores del antiguo régimen. Pero apenas la aplicación de las reglas del juego les enfrentan con una derrota ya están cayendo en la tentación de romper la baraja.

Los socialistas españoles quieren que se celebren cuanto antes elecciones municipales. Están en su derecho. Esgrimen argumentos

atendibles. Nuestros ayuntamientos y nuestras corporaciones provinciales continúan administrados por alcaldes, diputados, presidentes o concejales que no han sido todavía elegidos por el pueblo. Arrastran un largo mandato otorgado en un régimen ya fenecido. Pero hay mucho por desatar de lo que nos legaron atado. Hay que empezar por tener una Constitución, porque difícilmente se podrá legislar y gobernar sin contar con un marco constitucional. Claro es que debajo de un calendario de elecciones siempre hay intereses de partido. Cada partido quiere convocar las elecciones en el momento que considera que le será más propicio. Pero cuando esas aspiraciones quedan derrotadas por una mayoría parlamentaria, no se puede amenazar con movilizar a las masas, con echar las gentes a la calle. Y eso es lo que han hecho los socialistas. Si esa movilización produce perturbaciones de la paz, trae nuevos motines, alimenta enfrentamientos con quienes tienen la misión de mantener el orden; habrá un nuevo peloteo de responsabilidades. Para que este pueblo confíe en que los socialistas han logrado la madurez política para poder gobernar, deben convencernos primero que han aprendido a perder en el juego democrático. Por bien del país y por bien del socialismo. La amenaza de la movilización de las masas ha sido desafortunada. Mucho más porque ha obligado al partido comunista a secundar la advertencia. La izquierda española, o entra en el juego democrático, o estará eternamente ante el poder en una actitud de subversión y de violencia.

Se está jugando políticamente a una endiablada presión de miles de atmósferas. Ramón Tamames habla en Valladolid de embestir las masas contra el Gobierno. Gregorio Peces-Barba da un portazo inesperado en la ponencia de la Constitución, que es algo que tenemos que hacer entre todos o que no servirá para nada. En una larguísima sesión del Parlamento todos eludieron, en un ñoñismo parlamentario inexplicable, ese tema de fondo. Los acuerdos no se tomaron a la vista del público, a la vista del pueblo. Y también a todos se nos llena la boca de la palabra "pueblo". Aquí, cuando las minorías pierden, se van dando el portazo. Se han ido del Consejo Rector de la Televisión, porque la mayoría tiene más votos que la minoría. Apelan a la movilización de masas cuando no se fija la fecha de las elecciones municipales a gusto de los menos. Se van de la ponencia de la Constitución cuando en el artículo de la enseñanza, o de la libertad religiosa, o en el título de las autonomías no se escribe lo que ellos desean que se escriba. Los intereses de partido son legítimos. A través de ellos se deben encauzar los intereses de los sectores que representan. Pero hay intereses superiores que obligan a sacrificar a ellos los intereses parciales. Esto vale para todos. Para las mayorías y para las minorías. Para la UCD y para el PSOE. Para el PCE y para AP. La Constitución es uno de ellos. El pacto y el acuerdo que necesita la Constitución no se puede mezclar con otros intereses típicamente de partido. Y resulta sospechoso que mientras el señor Peces-Barba exaltaba en Murcia ese acuerdo constitucional, ya se había decidido en Madrid su retirada de la ponencia.

Y además nadie ofrece explicaciones claras. Da la impresión de que debajo de las actitudes políticas se defienden intereses inconfesables. Bajo el tema del Sahara y las Canarias; bajo el tema de la Constitución; bajo la fecha de las elecciones municipales; bajo el barullo de datos y cifras de las elecciones sindicales; bajo las "hermandades" internacionalistas de algunos partidos, algo huele a podrido en Dinamarca, como diría don Alfonso Guerra. Y bajo la crisis ministerial; y bajo la falta de gallardía del Gobierno para salir al paso de las amenazas; y bajo las explicaciones exquisitamente jurídicas, pero débilmente políticas, del Gobierno en el asunto del Sahara y de la OUA; bajo las dilaciones, las inoperancias y las debilidades, algo también se pudre y se esconde.

Me habría gustado escribir hoy una crónica, un episodio nacional más divertido, más alegre y más esperanzador. Me haré la ilusión de escribirlo así la semana próxima. Por hoy lo dejaremos. "Y no lo toques más, que el burro explota."

Jaime CAMPANY